

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

EL CARDENAL TARANCÓN MEMORIA DE NUESTRO CAMBIO HISTÓRICO

Alfonso Álvarez Bolado, S.J.

Excelentísimo Señor Presidente y miembros del Magnífico Ayuntamiento de Burriana, Señoras y Señores:

Ante todo deseo expresarles a Vds. y al Profesor Paul Preston mi sincero y cordial agradecimiento por haberme invitado a participar en este homenaje al Cardenal Tarancón, al celebrar este centenario de su nacimiento. A pesar de nuestra diferencia de edad y de dignidad nos profesábamos un hondo y sincero afecto. Él solicitó en diversas ocasiones mi colaboración y yo se la presté de mil amores. Su último favor tuvo lugar cuando hace veintitrés años la Universidad Pontificia de Comillas le nombró *doctor honoris causa* de su Facultad de Teología. Tuvo la amabilidad de sugerir a la Facultad que fuera yo quien se encargara de hacer su *Laudatio*, es decir la apología de sus méritos para recibir tal honor. Me alegra poder expresar públicamente, en esta ocasión, el afecto que siempre le profesé.

Al publicar en aquella otra ocasión mi *Laudatio*, la titulé *El Cardenal Tarancón, memoria viva de la Iglesia de España*.|| Hoy, al recoger la mayor parte de las ideas y sentimientos que ya entonces expuse, he aceptado con gusto el título sugerido por el Profesor Preston, *El Cardenal Tarancón: memoria de nuestro cambio histórico*. Su vida, efectivamente, estuvo entrañablemente entreverada con las fortunas y las desdichas de su patria y, por tanto, con nuestro profundo cambio colectivo. Memoria que sigue viva y necesitamos que lo siga estando.

Nuestra historia común tiene una deuda muy grande con el Cardenal Tarancón, y este acto de homenaje que Burriana le tributa da cuerpo – con buen título para ello – al deseo de amplísimos sectores de la sociedad española y del propio Estado, que hubieran deseado también protagonizar

un acto como éste. Burriana da forma y voz a ese deseo colectivo de homenajear a D. Vicente Enrique y Tarancón como ejemplo del tratamiento de la contemporánea Historia de España; por supuesto, como maestro en las cosas que se refieren a Dios y, en consecuencia, en las que se refieren al bien de la comunidad tanto eclesial como política.

Cuando José Luís Martín Descalzo en 1982 presentó a D. Vicente su libro, *Tarancón, el cardenal del cambio*,|| le replicó con su viveza característica: «¿Yo el Cardenal del cambio? Yo no he cambiado nada. Yo fui un hombre a quien pusieron en un puesto difícil en un momento difícil. Y que hizo lo que supo y como supo. A mí me puso Roma en este baile y tuve que bailar al son que me marcaron»¹.

Partiendo del título de Martín Descalzo, y de la humilde réplica de don Vicente, queda claro que nos encontramos ante uno de los hombres- puente, al servicio de la Iglesia y la sociedad españolas entre las dos riberas del *cambio mayor*, más veloz, y menos calculable, que haya sufrido esta sociedad y esta Iglesia, al menos desde los albores de la España moderna. Hace muchos años que vengo llamando a este cambio, por antonomasia, *el cambio mayor*.

Cuando se tiene como horizonte este gran cambio –aunque no es cierto que el Cardenal «no cambiara nada» - es cierto que no fue ningún *Prometeo del cambio*. Tan grande era la avenida de lo que necesitaba cambiar, que de lo que menos necesitábamos era de protagonistas narcisos. Todos cuantos se presentaron a ensillar este cambio, ya desde los años en que don Vicente se ordenaba de sacerdote –hombres, movimientos, fuerzas sociales- fueron descabalgados sin miramientos y conducidos allí donde no querían ir. Así aparece cuando miramos para atrás desde casi ochenta años más tarde.

¹ JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, *Tarancón, EL cardenal del cambio*, Barcelona 1982.

Y si esto iba a suceder con todas las naciones europeas, España lo tenía aún más difícil. Pues nuestra patria además de las mutaciones que estaban por venir sobre todos, tenía otras pendientes desde largo tiempo. «España ha atravesado en la mitad del siglo XX –escribió Hilari Ragner en 1977- el mismo drama espiritual que Francia vivió en los finales del XVIII: la confrontación entre la Iglesia y la Revolución»² .|| Tenía razón Ragner.

Pero porque España tenía todavía a comienzos de los años treinta esa decisiva «asignatura pendiente», aquello con lo que la iglesia y la sociedad españolas van a encontrarse en los cincuenta años de nuestra historia que median entre el año 1929 - en el que don Vicente se ordena sacerdote - y el año 1981 - en el que dejará de ser, por tercera y última vez, presidente de la Conferencia Episcopal Española - va a ser mucho más que el desafío de la revolución burguesa y la revolución industrial y proletaria. Va a ser también con la *revolución cultural* – que, entre tópica y emblemáticamente, referimos a mayo de 1968|| – y con la *revolución tecnológica* o de la *comunicación*, en creciente *fieri* todavía.

El *franquismo* primero amortigua, y después disimula por algunos años esta confrontación, pero finalmente no hace sino embalsar y acumular la avenida que va a desbordarse con ímpetu irresistible. Con esta *sobrecarga de cambio* se van a encontrar la Iglesia y sociedad españolas especialmente entre 1966 y 1982, años en los que toca a don Vicente jugar papeles importantes y muy representativos, pero que comenzaba ya a plantearse y también a complicarse precisamente en 1929, el año en que don Vicente Enrique y Tarancón asumía animosamente su ministerio sacerdotal³. Vista en su totalidad la película de estos cincuenta años largos,

² H. RAGUER, *La Unió Democràtica de Catalunya y el seu temps (1931-1939)*, Barcelona, 1977, p.7

³ «Yo pude conocer y vivir con intensidad los acontecimientos de aquellos tiempos. Ordenado sacerdote en 1929, asumí con otros sacerdotes la misión de difundir y propagar la Acción Católica durante los años de la República. Recorrí casi todas las provincias españolas y me puse en contacto muy íntimo con el

hay que tomar los términos de su réplica a Martín Descalzo como un testimonio de extraordinaria lucidez: *sí, ciertamente; lejos de cambiar nada, él mismo iba a ser profundamente cambiado*, y con esa misma Iglesia a cuya causa se iba a dedicar y se dedicó de por vida.

En el seno de un cambio así, lo importante no era ponerse a cambiar nada, sino cambiar uno mismo y ayudar a los otros, sin perderse. Para ello hay que tener memoria y hacerse memoria de los demás. Desde una perspectiva creyente, a mi me parece que quien metió a don Vicente en tal baile, antes y a través de Roma, fue Dios. Para ello le había provisto de una memoria eclesial verdaderamente prodigiosa y de una exquisita fidelidad, de manera que el «son al que tuvo que bailar» fue quedando grabado en su vida y en sus palabras hasta convertirlo en memoria viviente de ese cambio. Memoria no sólo de Iglesia, sino también de patria.

Esta es la razón de que *Burriana*, este pueblo de creyentes y de ciudadanos, aprendió a estimarlo, sigue estimándolo y quiera recordarlo. Sabe bien que el *cambio mayor* no ha acabado, y sabe también que los desmemoriados – tiren por la derecha o por la izquierda – acaban sin futuro, porque acaban sin identidad. En medio de un cambio tan intensivo el Cardenal Tarancón les inspira – nos inspira- confianza, familiaridad.

En cuanto a nosotros, teólogos e historiadores (algunos ambas cosas a la vez), políticos quizás, ¿seremos capaces de imaginar el futuro, si echamos en olvido aquella memoria de Iglesia y de España que Vicente Enrique y Tarancón dejó grabada en su persona, y que nos muestra punto por punto cómo se cosen innovación y fidelidad en una misma historia? Recordando la historia vivida del Cardenal podríamos recordar el esfuerzo y el logro que supuso el paso del Vaticano I al Vaticano II y, de cara a nuestro presente y futuro, cómo la Iglesia puede tratar *siempre* de ser un

pueblo», Cardenal VICENTE E. y TARANCÓN, “El cristiano ante el actual momento político. Tentaciones y nuevas posibilidades”, *Sal Terrae*, nº 386, Enero 1983, p. 7.

fermento crítico de nuestra sociedad, sin convertirse *nunca* en una de las partes de un conflicto social.

Memoria vida de nuestra Iglesia y de nuestra patria empezó a serlo D. Vicente, como ya he dicho, desde muy pronto.

1. *Memoria viva de los años treinta.* En 1929, en las vísperas de la caída de Primo de Rivera, se celebra en España el primer Congreso Nacional de la Acción Católica, y en el año 1933 – ya *en los años cruciales de la República* – cuando aquél movimiento se relanza en España bajo la dirección de Ángel Herrera, cinco jóvenes sacerdotes son seleccionados para fundar en Madrid la Casa del Consiliario. Recorren España entre 1933 y 1936. Uno de ellos es don Vicente Enrique (con este nombre se le llamaba). Conservo unos apuntes fidedignos del tiempo – cito algunos fragmentos del año 1935 – que nos recuerdan cómo veía los problemas y las urgencias del tiempo el joven presbítero de veintiocho años:

«*Primero* – explica a sus auditores sacerdotes-, campaña por la cultura religiosa. | El catolicismo en España está más arraigado, más extendido que en otros países, pero es más ignorante, está menos formado». (Habla seguidamente de la educación cristiana, para volver a afirmar:) «*Tercero*, solución cristiana del problema social, que debe ser urgente e inmediata... los católicos en la cuestión social llevamos cuarenta años de retraso... Habiéndose hecho ver a los obreros en el sacerdote y señorito a sus mayores enemigos, es claro que la reconquista del obrero ha de ser por el obrero mismo. Intentar lo contrario sería suscitar recelos, dudas. *Cuarto*. Prensa Católica, medio importantísimo y necesario (conforme a aquello que “el mundo tiene el cerebro de papel; no piensa, sino lo que piensan los periódicos; no dice, sino lo que los periódicos dicen”) , de desear es que en cada provincia haya un periódico católico, bien informado, digno de poder recomendarse. Si es malo en este sentido, ¿con qué derecho vamos a exigir que se lea? Por esto, deber de la Acción Católica es: a) Formar periodistas católicos. Existe ya en España la Escuela de periodismo de ‘El Debate’; pero no todos los que en ella se forman son aprovechables...».

La formación le preocupa prioritariamente. Aludiendo al contemporáneo ejemplo de la Acción Católica Italiana en la Italia totalitaria de Mussolini, insiste en que se fue conquistando lentamente a los jóvenes, formándolos en sólida doctrina. «Viene la lucha con el fascismo, - afirma - más temible aún que la sostenida con el socialismo, y ni siquiera uno desertó de las filas de la A.C....»⁴.

La imagen que ofrece entonces D. Vicente es la de un clérigo típico del tiempo, pero realmente ilustrado. No se hace ilusiones sobre la situación religiosa del país. Es consciente de que el estrecho camino de la Acción Católica de la época conduce entre los vórtices del socialismo y el fascismo. La alusión a éste, en la forma indicada, es poco frecuente en la literatura eclesial de la época. Se anticipan ya algunos temas, que serán profundizados por su posterior experiencia como obispo de Solsona.

2. Memoria viva de los años cincuenta: preparando el espíritu del Concilio. El Vaticano II, acontecimiento excepcional, resultó de tales proporciones y tan sorprendente, que puede hacernos olvidar que su trabajo y las resultantes Constituciones y Declaraciones, fueron precedidos y como postulados por la acción de todo el pueblo de Dios, de sus bases, de sus teólogos, de sus obispos en su pastoral cotidiana. Por lo que se refiere a la Iglesia de España en los años cincuenta| advierte con sagacidad el profesor Cazorla: «...la unidad casi monolítica mantenida durante muchas décadas y apoyada y apoyando el poder político, comenzó a quebrar en el interior del sistema eclesial a partir de los años cincuenta, precisamente por presiones provenientes desde los niveles más bajos». El Propio Cardenal confesará en 1981 a Martín Descalzo:

«Todo un mundo de cosas que valían antes de la guerra y que

⁴ Los apuntes de estas conferencias fueron tomados diligentemente y minuciosamente por Salvador Cánovas, alumno entonces de 2º de Teología y publicados bajo el título *La semana del consiliario* en el *B.O.E.* de la diócesis de Cartagena del 8 de julio de 1935, pp. 268-299, los textos citados, pp. 275-276 y 282.

parecieron mantener su valor en la primera posguerra...comenzaron a entrar en quiebra hacia 1945».

El entonces obispo de Solsona pertenecía en 1950 a aquella élite escasa, que ya entonces percibía el sordo regañido de masa y clérigos, que no inventan el cambio pero lo incorporaban en su «memoria» y así comienzan a contribuir a él. Publicadas precisamente en 1950 fueron dos de las más decisivas pastorales de Don Vicente: *La actuación sacerdotal* (fecha en diciembre de 1949)|| y *El pan nuestro de cada día dánosle hoy* (fecha en febrero de 1950).|| Voy a citar de la primera toda una secuencia de frases. No pudiendo entrar en el análisis contextual, corro el riesgo consciente de descontextualizarlas, pero espero que su conjunto nos sugiera una continuidad en la memoria de la Iglesia española, que muchos corren el grave riesgo de desconocer más de lo justo y aun «políticamente conveniente». Cito esta secuencia:

«El fenómeno ha sido extraño y triste –constata el obispo de cuarenta y tres años –,|| aunque muy aleccionador. El ambiente de cruzada y de reacción contra el laicismo no ha cuajado en nuestro pueblo. El ambiente oficial ha cambiado; pero el ambiente real de nuestro pueblo, no. Hubo un paréntesis que parecía halagador.|| Pareció por un momento que se había producido una reacción real y verdadera,|| amplia y nacional, de tipo religioso y cristiano. Pero no ha sido así. Se cerró el paréntesis y el ambiente de nuestros pueblos en el orden religioso y moral no ha cambiado. Que ésta es precisamente la razón más poderosa para nuestro pesimismo [...] Y es que no resulta fácil cambiar de golpe un ambiente o unas costumbres, ni aún habiendo de por medio una guerra [...] Todo ello nos demuestra, y a nuestro juicio con bastante evidencia, *que el ambiente religioso y cristiano de hace veinticinco años era un ambiente ficticio*; un ambiente que no respondía a la realidad del momento presente. Era el ocaso de una tradición gloriosa; los restos de unas convicciones y de unas costumbres que habíamos perdido; era una tradición, pero convertida ya en rutina...»⁵.

⁵ “La actuación sacerdotal”, *B.O.E. del Obispado de Solsona*, febrero de 1950, pp. 77-141; los textos citados, pp. 93-94. Don Vicente hacía abundante uso en esta pastoral del artículo del P: JESÚS M^o GRANERO, S.J., “Nuevo apostolado en Francia”, *Razón y Fe*, 140 (1949) 362-379.

Publicada un mes más tarde, la pastoral *El pan nuestro de cada día* significó en el orden socioeconómico y político lo que la anterior en el sociocultural y religioso:

«No podemos callar... Llegan hasta nuestros oídos los clamores de la multitud [...] No son pocos los que se han enriquecido desaforadamente en estos últimos años y [...] viven una vida eufórica [...] Esas risas no pueden apagar los clamores de la muchedumbre que sufre hambre y que vive en la miseria [...] La mayor parte de los obreros tienen hambre de pan y carecen de muchas cosas necesarias».

«Hoy, no nos engañemos [...] son muchos los que miran con prevención y recelo a las organizaciones del Estado y aun a las organizaciones de la Iglesia [...] buena parte de los obreros, y aun de la clase media, no creen en las buenas intenciones del Gobierno ni en la sinceridad de los Obispos, porque a todos nos juzgan con el mismo criterio y a todos nos alcanza su recelo, su prevención, quizá su rencor [...]»

«No queremos que pese sobre nuestra conciencia ni su desnutrición, ni mucho menos su apostasía, y quien sabe, ni su misma desesperación»⁶

Por el espléndido castellano, sencillo y directo de estas pastorales, el joven monseñor comenzaba a merecer un sillón en la Real Academia de la Lengua, y desde luego se ganaba la permanencia en la diócesis de Solsona dieciocho años y conseguía –también es verdad– que en una semana el pan racionado llegara más cumplidamente a las clases medias y obreras.

Al releer estos textos se nos iluminan muchas cosas. La que primero nos sorprende es que, pese al *shoc* inmediato que va a producir en ellos el Vaticano II, unos pocos de nuestros obispos estaban «a punto de caramelo» para el Concilio, esperándolo como la gracia de una sorpresa soñada. «En mi mismo iba creciendo este modo de ver –confesará el Cardenal–, pero ni yo lo veía claro todavía». «Yo sigo considerando el Vaticano II como la ‘gracia’ de mi vida»⁷.

⁶ “El pan de cada día, dánosle hoy...”, *B.O.E. del Obispado de Solsona*, marzo de 1950. Advierto que en este documento, para conseguir una impresión sintética, he variado en algún momento el orden de algunos párrafos.

⁷ J.L.MARTÍN DESCALZO, *Tarancón...op.cit.*, p. 113.

Así como hubo un tiempo en que hablar de «Los españoles y Trento» resultaba tan emblemático como hablar de «Paris et l'amour», a medida que han pasado y que sigan pasando años se verá más y más claro que no puede entenderse ni la Iglesia española contemporánea, ni la España del último tercio del siglo XX y su tránsito a la democracia, sin el Concilio Vaticano II⁸.

He de saltar desde el Vaticano II a septiembre de 1971 cuando se celebra la Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes. Fue ésta uno de los fenómenos más decisivos de la *transición real*, que comenzó en las fábricas, en las universidades y en las iglesias, unos cuantos años antes de que los heraldos de la *transición institucional* pudieran proponerla formalmente al país. Por la real importancia de esta Asamblea, tanto desde aledaños de la Iglesia, como desde el poder político de la dictadura, se intentó sofocarla y desacreditar sus conclusiones. Aunque el Cardenal insiste en que él no *cambió nada*, su interés por el clero en la situación sociocultural y sociopolítica de aquellos años quedó manifiesto en las reuniones de la C.E.E., en el Congreso internacional de Chur, y en el Sínodo de los Obispos del otoño de 1971. Su interés, primero, contribuyó a hacer posible la celebración de la Asamblea conjunta. Pues era ésta una perentoria necesidad y deseo del Clero español, al que la Jerarquía prestó un insólito marco de confianza, y allí estaba don Vicente - con otros importantes, sin duda – como catalizador de esa confianza.

Sin los resultados de aquella Asamblea serían impensables dos de los documentos más importantes en la existencia contemporánea de la Iglesia española: *Las orientaciones para el apostolado seglar* (diciembre 1972) |y, sobre todo, *Iglesia y comunidad política* (enero 1973)⁹. Con esos dos

⁸ En mi *Laudatio* de 1984 conminé al Cardenal: «Ayudar a que esto ocurra es una de las hipotecas que pesan sobre sus urgentes *Memorias*, Eminencia».

⁹ JESÚS IRIBARREN (ed.), *Documentos colectivos del Episcopado español (1870-1974)*, Madrid, 1974, 493-520 y 520-554.; ALFONSO ÁLVAREZ BOLADO, "Introducción", en *Teología Política desde España*, Desclée, Bilbao, 1999, pgs. 23-25.

documentos se formaliza la ruptura, sobria pero firme, de aquella «armonía preestablecida» entre Iglesia y Estado, que se había producido de hecho en la Carta Colectiva de 1937, y cuyo espaldarazo extemporáneo había consumado el Concordato de 1953. Pero ni esos frutos ni otros muchos |importantes para la normalizada existencia de una Iglesia libre en una sociedad libre, hubieran tenido lugar, si don Vicente –en los últimos días de febrero y primeros de marzo – no hubiera salvado el espíritu de la Asamblea Conjunta de un tan crítico como confuso documento romano cuya procedencia real aún está por aclarar¹⁰. Nuestro Cardenal voló de inmediato a Roma para ayudar al «cambio» a sortear un serio contratiempo. Lo hizo como supo y el papa Pablo VI, muy *montinianamente* le ayudó en el apuro. A su vuelta de Roma lo eligieron presidente de la Conferencia Episcopal y lo fue por tres veces seguidas hasta 1981. Poco después de su primer nombramiento como Presidente fue nombrado además arzobispo de Madrid, circunstancia estratégica para el rumbo de la Iglesia española en los últimos años de la dictadura y primeros de la restaurada monarquía.

Hemos de dar un nuevo salto. Han pasado tantas cosas desde entonces, que Vds. quizá ya no recuerden el 27 de noviembre de 1975 (muchos de Vds. son demasiado jóvenes para tener que recordarlo como vivencia personal). El caso es que, después de su juramento en las Cortes del antiguo régimen, el Rey Juan Carlos quería ese día abrir su reinado en la oración, con una Eucaristía pedida por él «con una Misa del Espíritu Santo»¹¹. Aquel día el Cardenal olvidó las gafas de leer en casa, lo que prestó a su mirada una energía cordial e incisiva al dirigirse al Rey. Su homilía rezumó por todas partes memoria viva y compartida de cuarenta años de Iglesia y sociedad española, memoria bien reflectida y asimilada

¹⁰ *Ibidem*, p. 21 y nota 14.

¹¹ J. L. MARTÍN DESCALZO, *Tarancón...*, op.cit., p. 223.

y, por ello, memoria capaz de augurar un futuro. A esa memoria sirvió el Cardenal aquella mañana con su excelente caché de párroco-obispo. Él mismo lo confiesa: «La homilía se preparó con la conciencia de lo importante que era aquel momento, midiendo cada una de sus palabras»¹². Lo que la homilía pretendía lo expresó el mismo don Vicente: «Yo pensaba que aquél era un momento histórico, en el que hacía falta que quedara muy claro el papel de la Iglesia. Por eso centré la homilía en el texto bíblico aquél, en el que se cuenta la curación del ciego por San Pedro, cuando dice: “No tengo oro ni plata, te doy lo que tengo”. Es decir, a la Iglesia no hay que pedirle apoyos políticos o coberturas morales. Esto la Iglesia ni lo quiere ni lo puede dar. La Iglesia puede dar y está dispuesta a dar su colaboración cordial en todo lo humano, en todo lo positivo. Pero ella permanecerá siempre en su propio camino. Incluso la Iglesia puede criticar algunas cosas, pero entonces estará también en su propio camino y nunca criticará por razones políticas»¹³.

La impresión causada por la homilía fue prácticamente unánime. *La Vanguardia* la resumió bien: «La Iglesia española supo decir ayer lo que muchos pensaban que había que decir. Fueron palabras cristianas, porque fueron palabras para una España en la que quepan todos»¹⁴. A veces he pensado que en aquel momento aquellas palabras sólo las podía decir así la Iglesia. No, -bien seguro-, como un poder desinteresado; pero sí, como el poder más desinteresado de los existentes; aquél cuyos intereses institucionales pueden y deben quedar siempre corregidos por su interés constituyente por el Evangelio.

Cuatro años y medio más tarde dejaba don Vicente la presidencia de la Conferencia Episcopal. Debió ser por entonces cuando Martín Descalzo

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p.224

¹⁴ *Ibid.*, p.304.

le hizo unas preguntas, cuyas respuestas adquieren más sentido, creo, oídas con el telón de fondo de aquella comentada homilía de los «Jerónimos».

Martín Descalzo: «Y de la postura de la Iglesia en estos años?»

Cardenal: «Yo estoy en conjunto satisfecho. Creo que no se han cometido grandes errores. Puede que el fallo esté en lo que hemos dejado de hacer». *Martín Descalzo*: «¿A la política que le ponemos: un suspenso, un aprobado, un notable, un sobresaliente?» *Cardenal*: «Yo creo que va servida con un aprobado». *Martín Descalzo*: «¿Y a la Iglesia en estos años?» | *Cardenal*: «Entre aprobado y notable no más»¹⁵.

Quizá la calificación, más bien modesta, tenga que ver con esta otra estimación:

«Yo no te oculto que he vuelto últimamente a tener miedo de que volvamos a las andadas y con el factor religioso como condicionante de esa división»¹⁶.

En octubre de 1982 se completaban las «tornas» de la democracia con la subida al poder del primer gobierno del PSOE. Todo un evento para la iglesia y la sociedad española, evento que vuelve a movilizar la memoria del Cardenal, de manera un tanto premonitoria. Una revista de Teología Pastoral le pidió una contribución sobre *Tentaciones y posibilidades del momento*. La extensa memoria a la que me he referido desde el comienzo de estas páginas, le permitía escribir en enero de 1983: |

«Me creo en condiciones de poder afirmar que no se puede establecer ninguna comparación entre la situación socioeconómica de entonces y la de ahora (1936-1983), ni entre el socialismo europeo y español de aquella época y el de nuestros días»¹⁷.

De esa memoria rezuma futuro:

«Me da la impresión ...de que en la coyuntura presente podría realizar la Iglesia su misión pacificadora de un modo más eficaz, procurando la unión de todos los españoles en los temas en que esto

¹⁵ *Ibid.*, p.272

¹⁶ *Ibid.*, *op.cit.*, p.250

¹⁷ CARD. VICENTE E. Y TARANCÓN, artículo citado en nota 3, p.7.

fuese posible; convirtiéndose en un gran estímulo humanizante, que indujera a todos los ciudadanos a buscar conductas convergentes para resolver los graves problemas del país, por encima de sus distintas opciones».

«Porque las grandes plagas del momento presente – paro, terrorismo, violencia política- |no son tan sólo realidades sangrantes, ante las que se impone una reacción solidaria de todos los españoles. Son también síntomas de un conjunto de causas que son como las raíces que las están provocando [...] ».

«La unión de todos los ciudadanos, por encima de divergencias lógicas, para atacar de frente las raíces que explican esas plagas, sería una gran labor patriótica, humana y netamente evangélica»¹⁸.

En el pensamiento del Cardenal, tal conducta no significaba en absoluto un irenismo vago, emocional, confuso:

«Muchas veces – añadía- se colabora más eficazmente disintiendo; incluso criticando con lealtad. Colaboración, empero, que sí obliga a todos los españoles, y con especial razón a los cristianos, a ayudar positivamente en los asuntos en los que no se ve razón para el disintimiento, o cuando se trata de intereses nacionales que redundan en beneficio de todos, aunque podrían enfocarse instrumentalmente desde distintas ópticas»¹⁹.

D. Vicente Enrique y Tarancón moría el 28 de noviembre de 1994, hace ya doce largos años. Durante ellos, alguna de las grandes tareas que él señalaba y consideraba llamadas urgentes a la solidaridad de todos los españoles persisten. Otras se han transformado significativamente, otras se han añadido. Seré esquemático al aludir a ellas, porque ni es mi competencia aquí, ni tampoco mi intención ofrecer un análisis político. El problema del paro, lejos de desaparecer, ha cobrado una amplitud insospechada al convertirse España en un país de inmigración intensiva y progresiva. El ambicioso crecimiento de las «identidades comunitarias» amenaza confundir el problema del terrorismo y dilatar su solución. La violencia política ha invadido acerbamente la retórica del debate político, y

¹⁸ *Ibid.*, pp. 14-15.

¹⁹ *Ibid.*, p.7.

esta invasión no es inocente respecto al malogro de la convivencia. Un miedo temido por el Cardenal, *que el factor religioso volviera a las andadas como condicionante de la división nacional* - a mi juicio y al de otros muchos -, ha hecho más evidente su posibilidad. A cuantos con actitud sincera y agradecida, cristianos y no cristianos, hemos querido sumarnos a este homenaje, nuestra adhesión nos deja un compromiso. Porque la memoria del Cardenal Tarancón es memoria viva y práctica: nos pide que, sin negar los disentimientos que consideremos esenciales, restauremos y, donde sea necesario innovemos las actitudes creadoras para hacer posible y hacer crecer la *convivencia democrática*.